

ESPIÁS VASCOS TRAS EL TELÓN DE ACERO:

RICARDO NALDA

Mikel Rodríguez

Uno de los aspectos más desconocidos de la diáspora vasca tras la Guerra Civil es la participación de los exiliados en las redes de espionaje patrocinadas por los Estados Unidos, sobre todo en América, pero también en África y en las llamadas *democracias populares* de la Europa del Este. En un primer momento la inserción de los vascos en las redes de información de Washington se inscribía en la común lucha contra el Eje, aunque también se investigaba de forma colateral la actividad comunista. Pero, finalizada la II Guerra Mundial, la URSS pasó a ser el enemigo nº 1 de las agencias de espionaje norteamericanas. En 1947 Washington reorganizó sus redes de información: los improvisados OSS y SIS dejaron paso a la Agencia Central de Inteligencia (CIA). La recién nacida CIA tropezaba con problemas de implantación en el Este y reclamaron el apoyo de los vascos. Solicitaban que algunos miembros de sus servicios de información viajasen tras el Telón de Acero y organizarasen la red de espionaje pronorteamericana. Los vascos eran idóneos para ello por varias razones: podían instalarse con la cobertura diplomática de la República española, llegaban avalados por el prestigio de su trayectoria antifascista, conocían la psicología y la forma de tratar con los comunistas y, lo más esencial, eran políticamente seguros. La CIA financiaría la operación y la información se trasladaría a través de la oficina en París de Pepe Mitxelena, un veterano en labores de espionaje.

José Antonio Aguirre en persona elaboró la lista de posibles agentes junto a Pepe Mitxelena. Buscaron personas con experiencia en labores de información, que conociesen idiomas, con un alto nivel cultural, ya que iban a detentar cargos diplomáticos, y de absoluta confianza. Al final quedó un puñado de nombres, los agentes más cualificados. El lehendakari los convocó individualmente a la sede del Gobierno Vasco en la *rue Marceau*. Todos se declararon dispuestos a colaborar y durante un mes recibieron un curso en un piso franco de la CIA. Les enseñaron el uso de claves, tintas simpáticas, fotografía de documentos e instalación y manipulación de microfilmes. También les mostraron cómo concertar citas, descubrir si alguien les seguía o eludir a la policía, aunque todos eran duchos en esta materia.

Checoslovaquia, Hungría, Yugoslavia, Bulgaria y Egipto fueron encomendados a cinco hombres de confianza del Gobierno vasco. Su tapadera oficial sería la agregaduría cultural de la República española. La papeleta de Hungría era delicada. Resultaba difícil encontrar alguien para Budapest, incluso el puesto de embajador de la República estaba vacante. La represión era brutal: la acera colindante a los calabozos de la calle Andrassy siempre estaba vacía. Allí la policía política, la AVO, desnudaba a los sospechosos y los

apaleaba hasta la muerte. Quien sobrevivía salía afirmando que conspiraba para restaurar a los Habsburgo o que formaba parte de un complot para desencadenar la III Guerra Mundial financiado por Washington. Si delataban a sus supuestos cómplices obtenían acusaciones menores, como contrabando de divisas o pederastia, y eran enviados a un campo de reeducación. A este paraíso del proletariado enviaron a Ricardo Nalda Zabalo.

Ricardo Nalda, el espía con conciencia

Cuando hace años intentaba conseguir la dirección de Ricardo todavía no sabía que si un político te recomienda no hablar con alguien generalmente es porque tiene muchas cosas que contar. Así que estuve a punto de no conocerle ya que me dijeron que andaba mal de la cabeza y que, además, no quería hablar. Pero cuando contacté por teléfono para concertar la primera cita me di cuenta de que regía de maravilla. Cuando le visité me pidió el carnet y lo revisó con una lupa, lo que no me pareció paranoia sino una acertada precaución ante un perfecto desconocido. Yo quería hablar del Batallón Gernika, con el que había combatido a los alemanes, perdiendo parte de una mano por una ráfaga de ametralladora. Él me dijo que todo eso eran fruslerías, que de lo que debiéramos preocuparnos los historiadores era de hacer de una puñetera vez la biografía de Pepe Mitxelena. *¿Pepe Mitxelena? - Sí, uno de los mayores hombres que ha tenido el país este siglo. A continuación me confesó su pesar: Mi ideal de vida hubiese sido estar con el Che Guevara. Me gusta el bosque, los animales, el aire libre, la lucha cuando es justa... pero para estar metido en la burocracia no sirvo. Y ya me ves, desde el infarto no puedo hacer nada. Si el último me llega a dar en el monte, me hubiera muerto allí y la mar de bien.* Ahí comenzó nuestro trato. Una vez cuando fui a verlo me comunicaron que había muerto. Me gusta pensar que se había quitado un peso de encima al poder contar su verdad sobre los *servicios*.

Ricardo había nacido en 1915, en el seno de una familia liberal y republicana de Bilbao. Al estallar la guerra marchó voluntario al frente. Posteriormente ingresó en una academia de oficiales y fue destinado a la VIII Brigada como teniente de Estado Mayor. Capturado en Santander, se inició en labores clandestinas en la prisión. Miembro de *Eusko Naya*, de 1942 a 1944 facilitó informaciones sobre el despliegue militar español en el Norte de África. Tras la detención de varios de sus compañeros cruzó la frontera en enero de 1945. Enrolado en el Batallón Gernika, combatió heroicamente en el asalto a las fortificaciones de la Pointe de Grave, donde fue herido. Esta es la historia de un hombre al que gustaba definirse como *rojo-separatista* sin partido:

Cuando salí del hospital y acabó la guerra comencé a trabajar de relaciones públicas de la Delegación del Gobierno vasco en Baiona. A mí me concedieron la Medalla Militar individual. Yo nunca he sido fanfarrón, pero resulta que era un héroe de Francia. Un extranjero y medalla militar, no le digo nada. Y mi función era buscar a la gente que venía huída de la frontera, sacarles de las cárceles, a veces del campo

de Gurs, buscarles documentación...

Mi esposa pasó a Francia el año 46, por San Juan de Pie de Port, y ya nos encontramos y ese mismo año nos casamos. Cuando alguno pasaba la frontera, mediante mis buenas relaciones con la policía francesa y “les douaniers”, me llamaban a Baiona y: “¡Que venga Nalda!”, y les hacía el laissez passer (...) Nuestra relación con los demás partidos era muy buena. Tanto con republicanos como comunistas. Y por esta época hasta se establecieron relaciones con militares monárquicos. Eran dos hermanos, un capitán y un comandante de la Guardia de Franco. Yo hice de guía, de conductor y un poco de tutor el tiempo que estuvieron en los Bajos Pirineos. Entonces se estaban tanteando diferentes opciones políticas de futuro. Mire, así como nosotros poco, pero hicimos algo, los partidos políticos del exilio no tenían ni idea de una organización, de una información, ni idea. Todo era conspirar en las tabernas y hablar de batallas antiguas. Pero nada razonado, nada científico, ni una pizca... sólo ilusiones. Que la vuelta será mañana, que será dentro de una semana... Y Estados Unidos e Inglaterra hicieron bien en no querer nada con ellos.

Mi cobertura para las labores de información era mi puesto como empleado del Gobierno vasco en Baiona. Yo hablaba francés e inglés y, por mi condición de mutilado de guerra, estaba en condiciones de obtener un mejor trato de los posibles informantes. Y tuve realmente mucha amistad con algunos de ellos y nos ayudaban mucho. La policía española, aunque estaba muy mal organizada, tenía gran cantidad de chivatos, lo mismo que pasa ahora. Un desastre, pero el dinero algo conseguía. También nosotros, porque no era difícil sobornar a los guardias civiles, no era problemático. Uno de Irun, Garaialde, llegó a un acuerdo con los guardias civiles. Mi correspondencia también la llevaba la guardia civil. Simplemente, le comenté a uno que quería mandar una carta. Él me dijo que si le podía pagar algo por ello. Y dicho y hecho. No había más misterios. Todo eso de la incorruptibilidad es una historia, era una leyenda. En Irún cobraban todos los guardias civiles y les pagaban tranquilamente, a la luz del día.

Pepe Michelena era el mejor en su trabajo. Como él no había nadie. Tenía un hermano, Juan José y otro que era cura, don Alberto, que estaba en Dax. Era hombre frío -con frío quiero decir que sabía mantenerse tranquilo en las situaciones de tensión-, generoso y comprensivo con las debilidades ajenas. Tenía mano izquierda, pero sabía mandar gente a misiones en que peligraba su vida y que podían ser torturados y muertos. Por su casa pasaban los principales personajes vascos, como Pablo Beldarrain. Además de nuestras ideas particulares, en los servicios a todos nos unía una devoción por Pepe Mitxelena. Era nuestro jefe. Desde los más humildes pasadores de la frontera, los que sobornaban a la Guardia Civil, a los que estábamos de diplomáticos de la República. Y para todos era un personaje admirado. Algunos estaban afiliados, la mayoría; otros éramos chavales que habíamos hecho la guerra, simpatizantes de un partido o que no nos gustaba la política, como yo. A mí la política no me gustó nunca y no vi partidismo ni en casa de mis padres ni de mis abuelos.

En el nº5 de la Calle Quentin Brouhard, la llamada casa de los curas estaba la sede de los servicios

vascos, muy cerca de la avenue Marceau. Allí vivíamos algunos agentes, vivía Pepe Mitxelena y los agentes del flujo y reflujo del interior, América y el Este. Allí se hacían las labores administrativas, pero también se vivía como en una familia. Irala era el que hacía de puente entre el Gobierno vasco y los americanos, sobre todo sondeando y tomándoles el pulso para que nuestras propuestas coincidieran con sus deseos. La financiación del Partido, de los servicios y del Gobierno vasco era básicamente americana. Eso se negoció y como un elemento anticomunista más, los americanos nos pagaban (...) Creo que, con ese sentido común tan americano, la financiación dependía del número de personas de cada organización. Respecto a nosotros, costaba hacer pasar la paga de fin de mes. Era poco dinero y además había que cambiar los dólares en el mercado negro.

Hacia el otoño de 1948 Aguirre me convocó en París. Fui a la reunión en la avenue Marceau. Estaban el Lehendakari y Pepe Michelena. El Lehendakari me puso las cosas muy claras desde el principio: “Vamos a cambiar de caballo en mitad del río... El mundo se divide en dos partes... Necesitamos dinero...” Y a continuación me dijo que si quería ir a Budapest para efectuar labores de espionaje. Me dijo con medias palabras, pero se me quedó siempre, “que todo lo que ayudásemos ahora se lo podríamos dar luego a nuestro pueblo”, como diciendo que los americanos nos lo devolverían políticamente después y eso fue lo que me convenció. Le dije que sí. Yo siempre he sido un ingenuo. También lo dije porque confiaba en Pepe Mitxelena. Era el mejor en su trabajo, como él no había nadie. Luego me habló de las condiciones económicas, no me iba a sobrar, pero tampoco me iba a faltar. Iría a Hungría con mi nombre, Ricardo Nalda, como agregado cultural de la República. Sólo los países comunistas y Méjico mantenían relaciones con la República. Era cuando la declaración de guerra de Corea del Norte a la del Sur y todos me miraban como a un loco. Entonces todas las plazas en Hungría estaban vacantes, hasta la de embajador. Se iba a mandar a varios agentes a otros países del Este para efectuar labores de espionaje para la OSS.

Yo no estaba afiliado, aunque tenía conocimientos de idiomas, cierta experiencia como oficial de Estado Mayor y llevaba años efectuando acciones en la clandestinidad, que fue por lo que me escogieron. Incluso el ser apolítico era lo más conveniente para un diplomático. Pero algunos se enfadaron e incluso denunciaron al Gobierno y al PNV, que por qué estaba yo desempeñando esta acción sin ser del partido. Los partidos son como capillas, como los cristianos, como los católicos, muy cerrados, sectarios. Pero Pepe Mitxelena y José Antonio Aguirre tenían confianza en mí porque les había demostrado que podían confiar. Porque en la ruleta de la vida me había tocado realizar estas funciones. Por otra parte, los exiliados republicanos de más edad tenían el concepto de que el Gobierno republicano era una institución poderosa. Y sólo era un “bluff”. Pensaban que el nombramiento de agregado cultural en la República de Hungría era un puestazo impropio de mi edad. Pero el puesto no era nada. Incluso los funcionarios de la República me miraban como a un loco, aunque ellos estaban contentos de que fuese porque no les costaba un duro y tenían de paso a alguien que les representase. Así que me acreditaron sin problemas.

Los americanos me dieron un curso para ponerme al día de las nuevas técnicas, porque nosotros

funcionábamos con ingenio y en plan artesano, escribiendo en el reverso de sellos y cosas por el estilo. Yo salía de nuestro piso en Quentin Brouhard e iba a un piso franco suyo. Cada vez que iba, los compañeros me decían que les sacase tabaco, paquetes de Camel, rubio americano, que era la primera vez que lo veía. Yo acudía a su sede cada tres o cuatro días para no llamar la atención. Me enseñaron a hacer las mezclas para tintas invisibles con elementos que podían comprarse en cualquier sitio, y otras técnicas.

En el invierno de 1948 fui a Hungría. Desde París hasta los Alpes Julianos no paró de nevar. Llegué a Budapest con mi mujer y mi hijo en el Oriente Exprés: París-Munich-Viena-Budapest. En Budapest, mi cobertura era la de agregado cultural y director comercial de una empresa vasca en México interesada en traer productos mexicanos y venderlos tras el Telón de Acero. Eso debía justificar –a los ojos de los comunista – mi interés por estar allí y explicar mis contactos con la población y mi correspondencia. El antiguo embajador, un tal Guardiola, había sido chantajeado por la Policía húngara por un asunto sexual y querían obligarle a colaborar con ellos. Pero tuvo la dignidad de negarse y se escapó gracias a un diplomático francés amigo que le proporcionó un pasaporte. Me instalé en el chalet del encargado de negocios, en Buda. Allí habían tenido lugar unos combates terribles cuando se completó el cerco de la capital y todavía todo estaba destruido. Por allí habían atravesado los rusos el Danubio, que tendría unos 300 metros de anchura. Creo que habían tenido casi 100.000 bajas en tres meses de combates.

Cuando me concedieron el placet, después del asunto de Guardiola, los húngaros pusieron en marcha su organización, que no sé si era buena, pero numerosa sí que era. Respecto a mí, ellos vieron enseguida cuáles podían ser mis ideas, sobre todo porque pidieron información al PCE. De hecho, bien rápido les llegó mi ficha, porque sin decirles que había combatido en la guerra, a los dos meses me nombraron presidente honorífico de la Asociación de Antiguos Combatientes de la Guerra Civil. Pero los húngaros, pese al reconocimiento oficial de la República, eran hostiles. Estos tenían un buen olfato. Aunque mucho heroico excombatiente contra Franco y Hitler por aquí y por allá, eran hostiles. Ya vieron que no me iban a convertir en comunista. Su trato era cortés, pero muy distante, mostrando que sólo permitían mi presencia por cuestiones diplomáticas.

Yo tenía dos tipos de labores de información. Una era la recogida de información general. Luego también llevaba algunas labores particulares con instrucciones concretas referentes a la oposición interior. Entonces los americanos eran un desastre, había una diferencia bárbara entre un diplomático inglés o francés y uno americano. La información estadounidense con el Office of Strategic Services era un fracaso, aunque luego con la Central Intelligence Agency, la CIA, todo cambió. ¡Es que no tenían ni idea, ni la tuvieron durante un lapso largo de tiempo! La OSS sacaba agentes como sacaban soldados para la guerra. Su concepto era el de la Segunda Guerra Mundial y esto no era lo requerido en la paz. La OSS reclutaba en las universidades, pero como un tropel –Tú a Hungría, tú a Yugoslavia...– sin tener conocimiento del idioma, de la psicología del país o de la ideología comunista. Por de pronto, enviar a Budapest a alguien que no conociese el francés, el alemán o el húngaro, era como mandar a un sordomudo. ¡Y ellos tenían allá agentes

que sólo hablaban inglés! No tenían a nadie eficaz y por eso nos mandaron a nosotros.

La gama de informaciones que requerían era muy amplia, iban de lo político a lo económico y lo militar: marcha de las nacionalizaciones y de la planificación, tráfico de mercancías, extracción de materias primas –petróleo, cereales y bauxita -, relaciones comerciales, existencia de manifestaciones, moral de la población... pero nada espectacular. En aquel tiempo había gran secretismo y hasta estaban prohibidas las guías telefónicas por no dar información al enemigo. Con esto quiero decir que conseguir un listín telefónico de Budapest y mandarlo a París para que procesasen la información era una acción de primer orden.

Mis informadores eran agentes pagados. Había tal miseria que no era problema comprar a cualquiera con dinero norteamericano. Mis agentes se encargaban de conseguir la información mediante informadores locales. Tenía varios colaboradores. Un abogado, Franck, estraperlista, que había ayudado a los judíos durante la guerra y por eso no se metían con él. Éste había colaborado con la embajada cuando representaba a Franco, con Muguiro y Saéz Briz, que ayudaron a salvarse de los campos de exterminio a muchos judíos. El marido de mi secretaria, un poeta, tenía un nombre muy corriente, Lazlo. Y otros más. Yo recibía a Franck para tratar supuestos negocios de importación y Lazlo venía al chalet a recoger a su esposa y entonces me pasaban los informes. Toda la información la comunicaba a la oficina de Mitxelena, mediante tinta simpática generalmente.

En 1949, cuando se creó la OTAN, se me comunicó que lo prioritario ahora eran las cuestiones de logística militar, la vigilancia de los movimientos de las tropas, para lo que había que observar los movimientos en las estaciones de ferrocarril, carreteras y aeródromos. De mis colaboradores, nadie cayó en manos de la Policía porque, aunque sus métodos de contraespionaje eran muy severos, eran muy eludibles.

Aunque casi no había comunistas, los que quedaban eran unos auténticos salvajes. En Hungría nunca había habido muchos y además los nazis habían matado a bastantes. Cuando llegaron los rusos trajeron a algunos dirigentes de la URSS –como su jefe, Matías Rakosy, un comunista radical, y algunos antiguos combatientes de España– y los colocaron en algunos ministerios. Rakosy era un hombre desconfiado y que tenía buena información sobre España, supongo que porque habría estado allí durante la guerra. Pero la población era totalmente contraria al comunismo desde las atrocidades de Bela Kun al final de la guerra del 14. El partido de los Pequeños Trabajadores, de Ferenc Nagy, era mayoritario, pero no estaban en el poder. El primado Mindszenty también estaba en contra de los comunistas, pero es falso todo lo que se decía sobre que no se podían tocar las campanas de las iglesias o asistir a misa. Mi mujer, que es católica, iba a procesiones públicas por Semana Santa. Pero si el clero español era horrible, el clero húngaro era tres cuartos de lo mismo.

Algo malo en el trato diario era que los húngaros eran bastante racistas, se creían descendientes de

la pata de Júpiter y de Atila. Allí tenían su estatua, como otros tienen a Viriato y Pelayo. Tenía cierta inquietud al vivir en un país ajeno, con una población bastante hostil, sin conocer la lengua. Empecé a estudiar húngaro pero, de momento, aunque algo comprendía, tenía que entenderme en francés. Pero mi deseo de hacer podía más que mis temores.

Estando allí, los comunistas mataron al ministro de Asuntos Extranjeros, Rajk. No voy a decir que fuese mi amigo, pero me gustaba aquel hombre. Solía hablar con él porque había estado en España y yo era el presidente honorífico de los ex combatientes. A aquél lo ahorcaron, no los comunistas húngaros, sino los rusos. Mejor dicho, Stalin. Aquél había estado en España y todo lo que olía a español en Hungría era sospechoso. Los que habían estado en España, incluso sus esposas, estaban mal vistos. No sé cuál es la razón histórica, pero Stalin sospechaba de todo lo que estuviera relacionado con España. Habría alguna razón, porque Stalin reducía muy bien las cuestiones a sus aspectos esenciales y luego obraba en consecuencia.

Recuerdo el juicio de Mindszenty. Los juicios eran un gran circo, duraban meses y se les daba mucha publicidad. Allí sacaron a relucir su homosexualidad y muchas cosas, como que recibía dinero de los norteamericanos. Nosotros, por lo menos, no tuvimos relaciones con él. Pero es posible que recibiese dinero. Porque los norteamericanos, aunque eran bastante incapaces, derrochaban dinero a espuertas. Estoy seguro de que si los ruskis llegar a haber tenido una décima parte de los recursos de los norteamericanos, hubiesen ocupado todo el mundo. Yo creo que tenían comprado a medio Budapest y era increíble que no lograsen nada. Al final, para lo que servían sus actividades era para que muchos húngaros y sus familias viviesen a cuenta de su dinero.

En 1950 Pasionaria escribió un artículo en Mundo Obrero atacando al antiguo diplomático en Budapest, Guardiola, diciendo que estaba al servicio del imperialismo y tal y cual. Decía además que no era el único en ese caso. Pensé que era una alusión personal y me quedé bastante inquieto hasta que, con gran satisfacción, de la noche a la mañana, recibí la orden de recoger los cacharros y largarme a París. A Hungría ya sólo he vuelto alguna vez a animar al Athletic.

Ya en París, Mitxelena buscó un nuevo destino a Ricardo porque en las filas de los servicios no abundaban los agentes que pudieran actuar como diplomáticos. Se barajó la posibilidad de enviarlo a Oriente Medio. Pero como el agente en Yugoslavia había sido expulsado tras embarazar y casarse con una ciudadana del país, se decidió adjudicarle Belgrado. Pero eso es ya otra historia¹.

¹ Al respecto de las actividades de Ricardo Nalda en Yugoslavia, así como las de otros agentes vascos, ver RODRÍGUEZ, Mikel: *Espías vascos*. Tafalla: Txalaparta, 2004.